

VISITA DE S. E. EL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA ITALIANA,
OSCAR LUIGI SCALFARO,
A LAS CORTES GENERALES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

1996

VISITA DE S. E. EL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA ITALIANA,
OSCAR LUIGI SCALFARO,
A LAS CORTES GENERALES

CELEBRADA EL VIERNES 28 DE JUNIO DE 1996

© Publicaciones del Congreso de los Diputados
Secretaría General. Departamento de Publicaciones
Visita. Núm. 14
Imprime: Rivadeneyra, S. A.
Cuesta de San Vicente, 28
28008 Madrid

La visita a las Cortes Generales de S. E. el Presidente de la República Italiana, Oscar Luigi Scálfaro, tuvo lugar en el Congreso de los Diputados, el día 28 de junio de 1996, entre las doce horas y treinta minutos y las trece horas y quince minutos. Su intervención se produjo en la Sala Internacional, ante las Mesas del Congreso de los Diputados y del Senado, Comisiones de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados y del Senado y Comisión Mixta para la Unión Europea.

Se abre la sesión a las doce y cincuenta minutos del mediodía.

El señor **PRESIDENTE**: Se abre la sesión.

Señor Presidente, bienvenido a la casa de todo el pueblo español; los Diputados y Senadores que lo representan, al recibirlos hoy como Presidente de la República Italiana, tienen plena conciencia de que vuestra legitimidad y la nuestra logran en este acto el reencuentro de nuestros dos pueblos unidos en la Historia, y deseamos que, en el futuro, compartiendo un destino común.

Permitidme, además, señor Presidente, que subraye la larga trayectoria parlamentaria de más de cuarenta años de quien hoy preside la República Italiana. Oscar Luigi Scálfaro no es sólo un visitan-

te ilustre; es uno de nosotros. Porque los parlamentos democráticos no tienen fronteras entre sí: estáis en vuestra casa por derecho propio. El derecho bien ganado de haber llevado durante tantos años al Parlamento italiano la voz y la palabra de vuestro pueblo en defensa pertinaz de la libertad y de la democracia.

Si los parlamentos democráticos, como la palabra dialogada que es su razón de ser, no tienen fronteras, menos aún pueden existir entre quienes hablan lenguas que pertenecen al mismo tronco. Ese lenguaje común no es sólo el del latín del viejo Imperio Romano, sino el del italiano del Renacimiento, del que surgió la más bella expresión de la palabra en verso. Allí acudieron insignes literatos como Garcilaso de la Vega, que supo traer a la España de su época renovadora inspiración. No hay sólo, por tanto, proximidad de lengua, hay proximidad de sentimientos. Son, los nuestros, pueblos que tienen el mismo pulso, la misma cadencia en el corazón. En Roma, señor Presidente, han cuajado muchos de nuestros mejores versos, desde el propio Garcilaso a Rafael Alberti. Por eso, al evocarlos hoy, por encima de la lírica quiero significar que laten en ellos afanes comunes. Lo que Umberto Eco denominaría identidad de significante y significado. No es sólo, por tanto, el sonido de nuestros idiomas lo que nos une, sino la palabra como expresión del común sentir y del latir más profundo del ser humano.

Nuestras raíces, señor Presidente, anidan en la historia de la más acabada civilización: Europa. Juntos antaño por la historia; juntos ahora por su indivisible legado, estamos unidos, comprometidos, en la culminación de ese convivir político, económico, jurí-

dico y social que es Europa. Aquella Europa que el italiano Mercurino de Gattinara enseñara a nuestro Emperador Carlos. Aquella de los desvelos soñadores de De Gasperi. La Europa del equilibrio entre sus partes, que no tienen sentido sin el todo. La Europa de Florencia o Salamanca, del industrioso Milán o de Bilbao, la Europa volcada al Mediterráneo en Nápoles o en Barcelona. Aquella que orienta su futuro sobre la base firme de un pasado común. La Europa del Sur, de la que España e Italia son y han de ser los capiteles fuertes. La Europa del Sur ha sido la raíz de la propia identidad europea, y ello nos permite ser más, en el futuro de la Europa unida, mucho más que la simple adición, siendo sencillamente más nosotros mismos.

En ese deber ser que orienta el futuro también contamos con un común patrimonio, el Derecho. Las normas, tarea capital de nuestros Parlamentos, nos permiten, como ha ocurrido en la reciente Cumbre de Florencia, construir también la Europa de la Justicia. El Derecho, expresión normativa de la libertad y de la convivencia en paz y sin discriminaciones, es quizás la más excelsa aportación del pueblo que representáis a la cultura de Occidente. No sólo me refiero a la magna construcción del Derecho Romano. Es justo recordar que glosadores y comentaristas construyeron el primer Derecho común de Europa. También que en el último siglo se ha continuado esa comunidad jurídica en el Derecho Público del Estado con obras como las de Orlando, Santi Romano o Mortati, que son patrimonio común de los padres fundadores de nuestra Constitución, que acabamos de entregaros, y de quienes de ella y en ellos hemos aprendido.

Es en esta comunidad de valores, de cultura, de Derecho, donde se inscribe el futuro de la relación de nuestros Parlamentos. Fueron las ciudades del Norte de Italia, en el Renacimiento, las primeras en poner en marcha ese fenomenal instrumento de relaciones entre los pueblos que ha sido y es la diplomacia. Nosotros queremos hoy, señor Presidente, que nuestros Parlamentos sean avanzada de la nueva diplomacia europea. Porque el pueblo que representamos llega siempre antes que cualquier estructura, y porque es una realidad ese renacimiento de las relaciones entre el pueblo español y el italiano, es por lo que, tras consultar con la Mesa de la Cámara, le anuncio formalmente que nos proponemos construir un Grupo de Amistad permanente entre el Parlamento italiano y el Parlamento español. No será sólo símbolo de lo que nuestros pueblos necesitan y desean; será, sobre todo, instrumento operativo, ámbito de trabajo común. Para que de nuevo la vía hacia el corazón de Europa parta de la Europa del Sur, y para aprovechar toda la potencialidad del Mediterráneo que nos une, de ese pequeño mar del que han surgido todos los océanos como mares de civilización, aquella civilización que españoles e italianos han llevado a un nuevo mundo, no en balde también llamado Latinoamérica.

Concluyo, señor Presidente, recordando la descripción que Edmundo de Amicis hacía en 1873 de Madrid y de la Puerta del Sol —situada muy cerca del lugar donde ahora nos encontramos— en el libro que el insigne escritor italiano tituló «España»: «Es una plaza semicircular» —afirma De Amicis— «en la cual desembocan, como otros tantos torrentes, diez grandes calles: en ellas reina un rumor incesante del pueblo y carruajes... una muchedumbre compacta y

movediza, un ruido que ensordece y un no sé qué de alegre y festivo que hace que no parezcan extranjeros ni hombre ni ciudad, dándole a uno tentaciones de confundirse con aquel estrépito, saludar a todos como si se tratara no de un pueblo desconocido, sino de gentes y cosas conocidas de antemano». Estoy seguro de que el pueblo español os acoge hoy con la misma espontaneidad y simpatía que percibió De Amicis hace más de un siglo. Porque sois, señor Presidente y querida nación italiana, antiguos conocidos, viejos amigos de nuestro pueblo.

Y aquí, en el Parlamento, renace hoy esa amistad, que yo quiero expresar con verso de Garcilaso: «Honestas cunctos hinc domus accipit / liberque sermo nascitur.» Limpia está la casa, abierta a todos / y en ella nace la libre discusión.

Muchas gracias. (**Aplausos.**)

El señor **PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ITALIANA** (Oscar Luigi Scálfaro): Señor Presidente de la Cámara de Diputados, señor Presidente del Senado, muchas gracias por esta extraordinaria acogida, por las condecoraciones que me han otorgado y muchísimas gracias por sus amables palabras.

Muchísimas gracias también por la oportunidad de reunirnos durante unos breves momentos conjuntamente y unas gracias especiales por haberme permitido acceder, junto con usted, señor Presidente, a la Sala Plenaria, que tiene muchas semejanzas con la Cámara de los Diputados de Montecitorio, en Roma, donde yo he vivi-

do cuarenta y seis años. He vuelto a sentir la inspiración de ese clima que encontré en 1946, cuando Italia volvió a recuperar la libertad después de tanto derramamiento de sangre y tantas tragedias. En aquel momento, siendo muy joven, me encontré en medio de muchas personas que habían vivido la historia de la libertad, que pagaron duramente la libertad, que lucharon con mucha valentía contra la dictadura, hombres que habían sufrido muchísimo. Pero hay un pensamiento que he repetido muchísimas veces en el hemiciclo, y es recordar a esos hombres que soñaron con que volviera a resurgir la libertad, hombres que habían arriesgado muchísimo, hombres que estaban dispuestos, una vez conquistada la libertad, a volver a escribir la nueva Constitución, pero no llegaron a ese hemiciclo, vieron truncadas sus esperanzas y pagaron un precio muy alto para que yo tuviera la oportunidad de entrar en ese hemiciclo y volver a escribir esa Carta Magna, esa Constitución que es el punto de unión, el punto de encuentro, la plataforma de la vida de un pueblo.

Usted me ha entregado su Constitución en una edición privilegiada, donde están recogidas las firmas de todas las partes constituyentes, y me ha dicho además que toda esa fuerza, toda esa doctrina, les ha llegado también inspirándose en la Constitución italiana y en los juristas italianos. Creo que podemos afirmar en este caso que el intercambio de culturas, incluso el intercambio del Derecho, enriquece mutuamente, tanto en una parte como en otra, a todos los hijos de la gran escuela del Derecho Romano.

He sentido esa emoción en el hemiciclo y me permito decirle, señor Presidente, que aquí reside la democracia, aquí reside la liber-

tad, y es algo que siento profundamente. Y lo siento en nombre de los que todavía están vivos en mi país y de los que vivían en ese momento y que ya no están entre nosotros. He repetido en múltiples ocasiones que cuando entré en aquel hemiciclo, hace tantísimos años, era una persona joven que iba a aprender. ¡Ojalá lo hubiera aprendido todo! He intentado recoger, aprender lo máximo que he podido. Durante la primera sesión, que data del 25 de julio de hace cincuenta años —en realidad no ha pasado tanto tiempo—, que fue presidida por Vittorio Manuel Orlando que usted ha citado en su discurso, le estreché la mano a la espera de que, una vez que se hubiera vaciado el hemiciclo, firmara las primeras actas, y todo el hemiciclo en pie gritaba: ¡Publicación, publicación! Nosotros, que éramos muy jóvenes, no entendíamos lo que querían decir; era el grito de los parlamentarios anteriores a la dictadura. Ahora ya no está recogido en nuestro Reglamento parlamentario, pero yo, en aquel grito, pensé que se aportaba el valor y el premio al discurso de que se dirigieran todos los ayuntamientos de Italia con la misma batuta, o sea, el discurso de apertura de Vittorio Manuel Orlando, que es quien tiene más experiencia como parlamentario después de Pippo Godopuy. Después de cincuenta años, nunca había imaginado que podía llegar, en un cierto momento de mi vida, a tener esta experiencia. Le esperé, y cuando bajó por las escaleras del pódium presidencial —iguales que las suyas, señor Presidente— le pregunté: Señor Presidente, ¿puedo estrecharle la mano? Y me dijo: ¿Usted quién es, cómo se llama usted? Orlando era un catedrático de gran amabilidad que estaba acostumbrado a tratar con los jóvenes. Mi nombre no le iba a decir absolutamente nada, sin embargo, se lo dije y añadí: Señor Presidente, ¿sabe por qué quiero estrecharle la mano?

Porque en mi libro de tercer curso de primaria, que se llamaba el libro de los medallones porque estaban representadas figuras históricas en forma redonda, como medallas, está citado su nombre (se trataba de una guerra que ustedes afortunadamente no sufrieron: la Primera Guerra Mundial) y no me hubiera imaginado nunca que, habiendo estudiado su nombre en tercero de primaria, pudiera ahora tener la oportunidad de estrecharle la mano. Además le dije otra cosa en ese hemiciclo donde nos quedamos solos tres o cuatro personas, en intimidad: ¡Qué gran riqueza humana ostenta un Parlamento, tiene un patrimonio enorme! Le expresé mi gratitud por todas esas enseñanzas de valor humano que yo he recogido de parlamentarios de filas completamente distintas a la mía. En ese hemiciclo está todo, todas las filas, todas las tendencias, con un denominador común humano, la riqueza de los valores humanos, que es, al fin y al cabo, la que permite responder al pueblo que representamos. No se puede pensar que a una persona se le dé el voto para responder al pueblo que representamos de una manera colegiada, sobre todo cuando se trata de hablar de derechos de nuestro pueblo, pero cuando se trata de sufrimientos no puede haber divisiones; cuando se trata de derechos escritos tiene que haber un denominador común humano.

Por otra parte, tenemos el problema de los valores y derechos sociales, los derechos del individuo, este tema tan amplio que afecta a toda la humanidad, y algo que nosotros, Italia, pero también ustedes, tenemos: el problema del desempleo, con el temor de que a los jóvenes se les debilite la esperanza de poder encontrar un puesto de trabajo. Se trata de temas que tienen que tener una voz común. El pueblo tiene que sentir a su Parlamento respecto a estos temas de

sensibilidad humana, de derechos humanos, de la dignidad humana, de valores humanos; todo esto no tiene fronteras. Esta riqueza la he sentido en múltiples ocasiones. Justamente mi gratitud hacia ese hemisferio donde he vivido tantas cosas y donde he aprendido tantísimo se debe a los ejemplos que he encontrado en todas partes del mundo, donde he conocido a personas de gran dignidad, personas que luego no han sido elegidas pero que han sabido mantener viva su capacidad de pensamiento, de raciocinio como testimonio para la juventud.

Les podía parecer, señor Presidente, que yo he venido aquí a expresar mis recuerdos, y les agradezco muchísimo el que me hayan escuchado.

Ahora es el momento de la libertad, la libertad de su pueblo. En Roma, templo de la libertad del pueblo italiano, estas relaciones entre parlamentarios tienen una gran importancia. Por tanto, con toda seguridad, los presidentes del Congreso de los Diputados y del Senado de Italia tendrán las puertas abiertas para crear un grupo de amistad hispano-italiano y tener la oportunidad de celebrar encuentros y aunar las mutuas experiencias que nos permitan enriquecernos y discutir conjuntamente en la Asamblea, que es donde nace la voluntad política, el discurso de sí a la paz, no a la violencia, la colaboración en Europa, la especial amistad entre España e Italia, que aunque es óptima todavía tiene un amplio margen en el que se puede profundizar mucho más.

Muchísimas gracias por esta vocación especial —ya lo dije ayer y lo repetí esta mañana en el Ayuntamiento— de formar parte viva

de Europa y representar una proyección hacia el Mediterráneo, que tiene gran necesidad de luchar contra la violencia, tiene gran necesidad de pacificación, de tranquilidad, esta cuenca mediterránea que durante milenios ha sido motivo de unión de culturas y de historia. Nuestra posición geográfica tan particular, podríamos decir que incluso es gemela, nos recuerda estos deberes. Hay que creer en la Comunidad Europea, porque cada vez necesita mayores impulsos. Usted ha citado a De Gasperi; yo provengo de esa escuela. En muchas ocasiones he dicho que De Gasperi, Adenauer y Schuman parecían soñadores, pero ellos creían en Europa, y no solamente porque pudiera existir una amenaza y hubiera que estar unidos para defenderse, no; creían en la validez, en lo indispensable de la Comunidad, en el trabajar juntos, apoyándose mutuamente y creando un patrimonio común, un acervo común de culturas distintas, tan ricas y fuertes como las que representan las distintas comunidades.

Hoy, Europa tiene una serie de sedes, de instituciones, pero no siempre existe esta misma fe en Europa, la misma convicción de lo indispensable de esta vida comunitaria. Aquí tenemos un gran arco, que tanto en el caso de España como en el de Italia es muy parecido, un arco que une a los pueblos en aras de la paz, pero especialmente nos une con los pueblos de América Latina, donde se ha escrito la historia de muchos emigrantes de los dos países, donde la historia de la mutua presencia ha aportado civilización y cultura, pero también ha aportado mucho desde el punto de vista humano: presencia, sufrimiento, trabajo, conquistas que se han pagado muy duramente. Estos lazos se tienen que cultivar, mantener y vivir. Usted me ha mostrado en la primera página de la primera Constitución, que está

guardada en una vitrina, esta España que es una unión de pueblos; es la unión de los pueblos de España y de dos hemisferios también. Hay algo expresado en esa definición, lo que resalta la presencia indispensable de la persona humana. En la concepción del Estado, el pueblo es el elemento esencial porque nace del pueblo, el Estado tiene como objetivo servir al pueblo.

Muchísimas gracias y un deseo. El de que este momento de libertad permanezca en todos ustedes (es un deseo que me hago a mí mismo todos los días) el deseo de servir a su pueblo, pero también que tengan la oportunidad de encontrar la misma intensidad en el Parlamento de mi patria; que estos valores estén presentes profundamente, porque nuestra amistad debe ser un punto fundamental para la paz, para Europa y para esta gran proyección de paz en el mundo.

Señor Presidente, señores Diputados, muchísimas gracias. (Aplausos.)

El señor **PRESIDENTE**: Muchísimas gracias, señor Presidente.

Señorías, se levanta la sesión.

Era la una y veinte minutos de la tarde.